

Malvina Guaraglia
Los fundamentos ideológicos de las novelas de denuncia social
y el populismo político en Latinoamérica (1940-1975)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVII, 2011, 263-278

LOS FUNDAMENTOS IDEOLÓGICOS DE LAS NOVELAS DE DENUNCIA SOCIAL Y EL POPULISMO POLÍTICO EN LATINOAMÉRICA (1940-1975)

Si hacemos una muy breve revisión de aquellas novelas hispanoamericanas del siglo ^{XX} que, de una manera general, han quedado englobadas en la denominación de «crítica y denuncia social», nos encontraremos en muchos de los casos con una estrategia narrativa que se repite: los protagonistas de la ficción suelen ser personajes colectivos, bien se trate de comunidades específicas y claramente delimitadas por sus características étnicas, sociales o culturales, bien sea un grupo humano más o menos difuso pero aún así identificable como tal por algunos de los rasgos comunes entre todos sus miembros. En cuanto al periodo 1940-1975, sobre el cual centraremos nuestra atención aquí, en casi todas estas novelas las peripecias y acciones de las comunidades protagonistas pretenden apuntar, de manera más o menos directa, a las de los sujetos históricos homólogos, en lo que debe ser reconocido como un intento deliberado del discurso narrativo por responder a los desafíos que suponía la construcción nacional en Latinoamérica, en un momento histórico percibidosimultáneamente como de profunda crisis y como promesa de anhelados cambios en el futuro.

En acuerdo con esa condición colectiva de los protagonistas, por la cual ciertos rasgos se vuelven definitorios de una identidad grupal y esta, a su vez, vertebrada de manera clara los distintos significados del texto, la crítica literaria ha tendido a abordar el estudio de estas obras desde las categorías que parecen serle más «naturales»: las de «negro», «indígena» o «campesino», reconociendo así la prioridad de los elementos étnicos o socio-culturales en la construcción de los personajes y, consecuentemente, en el análisis crítico. Aunque no es nuestra intención negar ni la validez ni la pertinencia de dichos enfoques, entendemos que la mirada usual de los estudios críticos ha tendido a oscurecer el hecho de que en el discurso ficcional se halla presente otra categoría que, si bien tiene puntos

Entregado el 17 de junio de 2011. Aceptado el 15 de septiembre de 2011.

de contacto con el indigenismo, el negrismo o la temática campesina, no se agota en los contenidos propios de dichos campos semánticos. Nuestra primera propuesta es, pues, que tomada en conjunto la narrativa de denuncia social en América Latina para el periodo que nos ocupa, los protagonistas colectivos son representados *también* como «pueblo» (pueblo bajo o pueblo llano), un concepto que al ser reconocido y priorizado por el análisis crítico permite iluminar contenidos y significados que de otra manera pudieran pasar inadvertidos. Por encima de las obvias diferencias con que indios, negros o campesinos son representados en la ficción en tanto protagonistas, todos ellos aparecen compartiendo una idéntica posición y condición –de inferioridad en el primer caso, de no participación en determinados privilegios o prerrogativas, en el segundo– con respecto a los demás personajes, con frecuencia asociados a distintas manifestaciones del poder o la autoridad. Es esta doble determinación lo que permite reconocer en ellos el funcionamiento de los elementos propios del significado *social* de «pueblo» y es esta acepción, a su vez, en interacción con el significado *político* del concepto –el *populus*: el conjunto de todos los ciudadanos de una organización política dada– lo que abre a nuestro entender nuevos canales de lectura¹. Abordadas las novelas desde la identificación de este diálogo, y de cómo él determina la manera en que los protagonistas colectivos son proyectados por la ficción, algunos de los aspectos que cobran una nueva dimensión se solapan y coinciden, en parte, con los que resultan de los abordajes críticos ya mencionados, aunque surgen otros ángulos de lectura que no necesariamente son evidentes desde esa mirada. Seis novelas latinoamericanas escritas entre las décadas del cuarenta y el setenta deben servir ahora para comprobarlo: tres de ellas abordan el tema indigenista –*El mundo es ancho y ajeno* (Ciro Alegría: [1941] 1973); *Todas las sangres* (José María Arguedas: [1964] 1981) y *Redoble por Rancas* (Manuel Scorza: [1970] 2002)–, otra la temática negra –*Chambacú, corral de negros* (Manuel Zapata Olivella: [1963] 1990)– y las últimas dos el tema campesino –*Hijo de hombre* (Augusto Roa Bastos: [1960] 2008) y *Las tierras flacas* (Agustín Yáñez: [1962] 1970)–. Lo que se pretende en esta instancia es desarrollar un enfoque analítico que, si bien refiere de manera inmediata a los textos puntuales antes mencionados, es susceptible de ser ampliado a otros ejemplos de la narrativa de denuncia social de estos años, abarcando así un panorama más completo y adquiriendo, por tanto, una validez más general.

El campo de significados propio de «pueblo» es ciertamente más amplio que el que corresponde al de «negro», «indígena» o «campesino» y, en cierto sentido, los engloba a los tres. Su relevancia para nosotros, sin embargo, no tiene que ver con esa mayor generalidad, sino con el hecho de que responde a los distintos contenidos –entre los que existen convergencias, tensiones y contradicciones– con que se había ido identificando a un actor histórico diferente a aquéllos que, en el momento de escritura de las novelas, estaba siendo

¹ Aunque se trata de un concepto muy antiguo, y que ha respondido a lo largo de su trayectoria a los contenidos de distintos momentos en los imaginarios políticos y culturales, el «pueblo» puede ser entendido en un *sentido social*, como los desfavorecidos o no-privilegiados, en uno *político*, que hace referencia a los ciudadanos de una determinada comunidad política tomados en conjunto, y en un *sentido cultural* –mediado fuertemente por las aportaciones del romanticismo y del nacionalismo– como un conjunto de hombres dotados de un «alma» o «esencia», unos lazos intangibles basados en la tradición y las experiencias comunes que le darían su personalidad singular.

objeto de numerosas reivindicaciones y de una revalorización inédita². En efecto, el «pueblo» se había convertido ya para la segunda década del siglo xx en un sujeto colectivo sobre el que recaían distintas expectativas de cambio y revolución, de refundación y reconstrucción de la identidad nacional y latinoamericana. Para llevar a cabo esta renovación, sin embargo, fue preciso realizar una profunda labor de deslegitimación de aquellos elementos por medio de los cuales las elites del siglo xix habían definido al «pueblo», un proceso que concluyó en la negación de su naturaleza política y que lo dejó confinado a su condición de «plebe» o «populacho»; en el peor de los casos, relegado a ser considerado la parte indeseable de la nación, en el mejor, a la espera de que sus miembros fueran capaces de aprender el ejercicio de la ciudadanía. La revalorización del «pueblo» que funciona como trasfondo histórico-ideológico de nuestro análisis solo fue posible en parte a través de su *repolitización* –esto es, volviendo a otorgarle a la *plebs* sus atributos naturales de *populus*– para que pudiera asumir la tarea revolucionaria que se esperaba de él, en parte legitimando lo *popular* como el único reservorio de la autenticidad latinoamericana; una tarea asumida de forma creciente por las clases medias en ascenso como resultado de su propia disconformidad con el sistema político imperante. Desde esta perspectiva, es posible pensar que, para la década del cuarenta y con dichos sectores medios ya claramente radicalizados, la narrativa de denuncia social se constituyó en uno de los espacios de cuestionamiento a la manera como se había dado el proceso decimonónico de creación del «pueblo» en América Latina, y a la estructura del sistema político que lo había hecho posible. Teniendo esto en cuenta, nuestra segunda propuesta teórica afirma que las estrategias retóricas que operan en las novelas para escenificar las nuevas expectativas y esperanzas depositadas en el «pueblo», a través de la construcción de sus protagonistas colectivos, son las propias del populismo político, un fenómeno con el cual convivieron en el espacio y al menos durante dos décadas. En efecto, sostendremos que las figuras que el discurso populista utiliza para representar el conflicto social y a sus actores, la manera en que revierte dichos conflictos a un terreno moral, y el tipo de soluciones que propone, son las que le habrían permitido al lenguaje narrativo representar las tensiones que, según la mirada del momento, habían hecho de la nación un lugar dividido por tajantes procesos de exclusión y marginación. A pesar de ser el marxismo la influencia que la crítica ha dado siempre por sentada para esta narrativa, consideramos que fue el discurso del populismo el que habría sido capaz de proveer a la literatura de los elementos más apropiados para ficcionalizar esa imprescindible repolitización de la *plebs*, así como para

² Ver para este tema: Mabel Moraña, *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*, Minneapolis, Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura, 1984. Entre los valiosos trabajos que existen sobre la construcción del «pueblo» en América Latina ver, por ejemplo, François-Xavier Guerra, «The Spanish-American Tradition of Representation and its European Roots», en *Journal of Latin American Studies*, núm. 1, vol. 26, febrero, 1994, pp. 1-35; Mónica Quijada, «El pueblo como actor histórico. Algunas reflexiones sobre municipalismo y soberanía en los procesos políticos hispánicos», en Marta Casaús Arzú; *El lenguaje de los «ismos»: vocablos vertebradores de la modernidad*, Guatemala, SIG Editores, 2009; . «Sobre nación, pueblo, soberanía y otros ejes de la modernidad en el mundo hispánico», en Jaime E. Rodríguez O. (coord.), *Las nuevas naciones. España y México 1800-1850*, Madrid, Fundación MAPFRE; 2008; Eugenia Roldán Vera, «Pueblo y pueblos en México, 1750-1850: un ensayo de historia intelectual», en *Araucaria*, núm. 17, año/vol. 9, primer semestre, 2007, pp. 268-288.

reactivar la dimensión de la utopía que se construye ahora sobre la reivindicación de lo *popular*.

Para nuestra investigación, hemos elegido trabajar con los aportes sobre populismo del argentino Ernesto Laclau por dos motivos. En primer lugar, porque se trata del primer intento riguroso por definir qué es el «pueblo» del populismo – una categoría cuya centralidad se reconocía pero que, aun así, había permanecido difusa– y en hacer partir de él las demás dimensiones del fenómeno. En oposición a las teorías que han supuesto o sugerido que «pueblo» es la denominación que recibiría *desde fuera* el colectivo interpelado por el populismo, Laclau considera que se trata de la *identidad* que genera un sujeto colectivo que queda constituido como «pueblo» en sus vínculos de oposición al poder. En segundo lugar, porque su propuesta se centra sobre los aspectos discursivos del populismo³ y no sobre sus condiciones de emergencia. Las contribuciones que realiza desde este enfoque muestran lo que es propio del discurso populista en tanto representación del mundo y, en ese sentido, abre la puerta al estudio de sus interacciones con otros discursos y lenguajes que circulan en la sociedad –en nuestro caso, el literario– y que articulan también distintas representaciones de la realidad. Como no es este el lugar para realizar una reseña completa de la teoría del autor, nos limitaremos a desarrollar las tres instancias de su propuesta teórica que nos resultan más significativas: la definición del «pueblo» como una identidad construida en torno a la vivencia de una injusticia, el antagonismo del «pueblo» con el «poder», y la búsqueda de la *plebs* de constituirse en el único *populus* legítimo (Laclau: 2005)⁴

El presupuesto de partida del autor es la definición de la sociedad como un universo regido únicamente por dos lógicas: la de la equivalencia y la de la diferencia. La primera sería la encargada de satisfacer una de las necesidades básicas de toda comunidad: la de representarse a sí misma como un todo homogéneo, independientemente de las diferencias reales que puedan coexistir en su interior entre los distintos sujetos, lenguajes, tradiciones, etc.; la segunda supone que, en virtud de esa misma necesidad de generar los símbolos de una unidad superior a las partes, la diferencia debe ser expulsada hacia fuera de las fronteras comunitarias, como una forma de definición de los «otros». Así, aun cuando los distintos componentes del universo social conserven su singularidad específica «con respecto al elemento excluido, todas las otras diferencias son equivalentes entre sí, equivalentes en su rechazo común a la identidad excluida» (Laclau: 2005: 94). La percepción de la unidad del conjunto se construye, por consiguiente, hacia dentro por la identidad y hacia fuera por la diferencia.

Dentro de los mecanismos institucionales que caracterizan a una sociedad democrática, Laclau identifica el funcionamiento de lo que denomina demandas *populares*,

³ Este enfoque es compartido, a su vez, por investigadores como Maristella Svampa o Emilio de Ipola. Maristella Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1994; Emilio de Ipola, *Ideología y discurso populista*, México, Folio Ediciones, 1987. Ver también Oscar Landi, «Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas», en Norbert Lechner y Ernesto Laclau (eds.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1983, pp. 172-198.

⁴ Ver también: Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1978.

aquellas que son realizadas al poder establecido pero que, a diferencia de las demandas *democráticas*, permanecen insatisfechas al no ser respondidas por ese mismo sistema. Según Laclau, si esta situación se prolonga, esto es, si las demandas particulares formuladas por diferentes sectores permanecen el tiempo suficiente sin ser atendidas, comenzará a percibirse entre todas ellas un vínculo que ya no tiene que ver con los distintos intereses originales de donde surgieron, sino con el propio estado de insatisfacción en el que todas se encuentran frente al poder. Esta primera impresión de un lazo común que comparten, por referencia a un sistema que las desconoce, produce entre ellas una relación inicial de solidaridad que las hace aparecer como iguales. Ha comenzado un proceso por el cual se desvanece parte de lo que hace a cada demanda un elemento singular para volverse más visible lo que las hace equivalentes. Aunque Laclau reconoce que con ello estamos ya en una fase inicial de prefiguración de un «pueblo» populista⁵, «lo que les otorga un vínculo equivalencial inicial y débil es tan solo el hecho de que todas ellas reflejan un fracaso parcial del sistema institucional» (Laclau: 2005: 139). Si ha de surgir un «pueblo» esta relación «inicial y débil» deberá convertirse en un sistema estable de significaciones o, para decirlo de otro modo, deberá cristalizar en una identidad. Es necesario, entonces, que se den aún dos saltos cualitativos.

Para hablar de populismo, la equivalencia entre las distintas demandas no puede sostenerse en ese nivel vago e inestable de la solidaridad momentánea, susceptible de ser interrumpida fácilmente. Aquí las diferencias son todavía lo suficientemente potentes como para romper la relación de igualdad, tanto si esa ruptura proviene desde el poder como si surge desde las propias demandas. Debe existir, por tanto, un vínculo más fuerte que garantice que dichas demandas permanecerán unidas por ese elemento de insatisfacción que tienen en común. Laclau denomina a este paso como la formación de una *cadena equivalencial* que queda establecida cuando todas las demandas insatisfechas construyen entre sí una relación tan sólida que pasan a funcionar como un todo dentro del cual no pueden ser pensadas más que como equivalentes. En esta instancia, las demandas particulares habrán perdido el sentido de la diferencia inicial con el que llegaron al escenario político para pasar a percibirse solamente por el elemento que las hace iguales o, lo que es lo mismo: la equivalencia entre ellas será más fuerte y duradera que los intereses diferentes que las hicieron nacer. El segundo salto cualitativo se da simultáneamente con el anterior, aunque su conceptualización es diferente⁶. Como resulta necesario que la cadena equivalencial sea aprehendida por el «pueblo» como una unidad –dentro de la cual no caben las antiguas diferencias entre demandas y su poder disruptor de la cadena–, tendrá que ser representada como un todo homogéneo donde lo único que prima es la identidad. Ello se logra a través de un elemento capaz de simbolizar la cadena en sí misma por

⁵ Cabe aquí la aclaración de que el «pueblo» *populista* no debe ser confundido con el «pueblo llano» en sentido estricto. Como veremos, para hablar del «pueblo» del populismo es necesario reconocer una *plebs* que busca ser un *populus*, de manera que, aunque ambos «pueblos» tengan elementos en común, refieren en verdad a identidades y sujetos políticos diferentes.

⁶ El autor insiste en que, si bien se trata de procesos diferentes y que deben ser conceptualizados por separado, se implican mutuamente y se dan de forma simultánea: «Sin este momento no existiría una cadena equivalencial. Por lo tanto, la función homogeneizante del significante vacío constituye la cadena y, al mismo tiempo, la representa.» *Ibid.*, p. 205.

encima de las demandas que la componen, es decir, capaz de encarnar el estado de insatisfacción en sí mismo sobre lo puntualmente insatisfecho en cada caso. A este elemento el autor lo denomina *significante vacío* –se trata siempre de una de las demandas de la cadena equivalencial–: él se inviste con el valor de la totalidad y lo que encarna es la experiencia de la *falta*.

Ahora bien, todo este proceso de constitución de la identidad del «pueblo» –identidad diferente a la que cada sector tenía *por separado* cuando formuló la demanda, antes de la formación de la cadena y de su cristalización en un significante vacío– produce en el escenario de la totalidad una situación de vastas consecuencias: en virtud de la aparición de la cadena equivalencial, las lógicas de la diferencia y la equivalencia han pasado a funcionar al *interior* del grupo, haciendo que el conjunto antes simbolizado como homogéneo quede dividido en dos actores opuestos: el «pueblo» y el poder o «bloque enemigo». El lugar de la unidad se ve de este modo fracturado por un vínculo de antagonismo que obliga a reconducir las lealtades intragrupalas hacia dos bloques enfrentados entre sí y, por ello mismo, introduce la diferencia –*nosotros/ellos*– allí donde debería regir la equivalencia. La experiencia de la *falta*, que corresponde a la percepción extendida y agudizada de situaciones de injusticia, ha producido el quiebre de la totalidad y, con él, la imperiosa necesidad de que esta vuelva a ser constituida como símbolo de lo social. Dadas las condiciones, sin embargo, existe solo un sujeto capaz de llevar a cabo dicha misión. Es precisamente en este punto donde consideramos que el aporte de Laclau a las teorías del populismo se muestra para nosotros más fecundo, puesto que desvela la íntima afinidad que existe, por un lado, entre los discursos populistas y las narrativas mesiánicas o milenaristas –al proponer la restauración de un orden de la nación pretendidamente más auténtico y ahora degradado–, y por otro, con las energías utópicas que moviliza al convertir al «pueblo bajo» en el artífice de esa restauración, por medio de una restitución de su condición política que resulta, como mostraremos, en un recurso clave para la narrativa de denuncia social.

Como la situación de insatisfacción que culminó en la formación del «pueblo» fue provocada desde el poder, por su desconocimiento de las demandas, parece lógico que ese mismo poder sea pensado como el responsable de introducir una situación de antagonismo y quiebre allí donde lo que debería actuar es la solidaridad y la identidad. El «bloque enemigo», por tanto, pierde la legitimidad asociada a su posición de autoridad, mientras el «pueblo» se convierte en víctima de una situación de fractura que no ha creado. Con un universo social dividido en dos sujetos antagónicos, uno de ellos responsable de la fractura y deslegitimado por ese hecho, el único que puede hacerse cargo de restituir los símbolos de la unidad es el «pueblo» que, para conseguirlo, deberá investirse con la legitimidad del *populus*. El «pueblo», como *parte*, intentará apropiarse del valor del *todo* –identificándose con la patria, la nación, el estado o con alguno de los símbolos que representan al conjunto– restaurando la totalidad homogénea que se ha perdido:

Aquí comenzamos a comprender por qué la *plebs* se percibe a sí misma como el *populus*, la parte como el todo: como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente, aquellos res-

ponsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha con ellos es insalvable (Laclau: 2005: 113).

Esta última situación entraña, sin embargo –y con ello llegamos al final de nuestra reseña para ocuparnos del análisis literario– la aparición en el escenario político de un estado de cosas que no puede ser pensado más que como revolucionario⁷: como la situación presente es vivida a través de la *falta*, y como el antagonismo hace convivir al «pueblo» con el poder causante de la misma, la consecución de esa situación ideal de restauración de la unidad solo puede ser posible alterando drásticamente el orden establecido desde el cual ha sido producida la fractura:

el populismo se presenta a sí mismo como un subversivo del estado de cosas existente y también como el punto de partida de una reconstrucción más o menos radical de un nuevo orden, una vez que el anterior haya sido debilitado (Laclau: 2005: 221).

Del grupo de novelas delimitado al comienzo –y aunque las conclusiones que presentamos sean, como dijimos, aplicables a un conjunto más amplio de textos del periodo– mencionaremos brevemente aquellos aspectos que funcionan como estrategias comunes en la configuración literaria de la denuncia, para centrarnos en los que permiten postular que este lenguaje narrativo incorpora las estrategias discursivas del populismo político, construyendo con ellas un «pueblo» *populista* como personaje colectivo y, también, una imagen populista del orden de la nación y de sus conflictos.

Resulta evidente que, dentro del universo social creado por la ficción, la imagen de los negros, indígenas y campesinos, como «pueblo llano», está construida sobre relaciones verticales de oposición con aquellos personajes colectivos o individuales que aparecen representando posiciones de poder. La propia categoría de «pueblo bajo» conlleva, como fue dicho, la delimitación de una posición de inferioridad y de una condición de no participación en distintas formas de privilegio que demarcan ya un cierto espacio de enfrentamiento, al menos en lo que para esa situación del «pueblo llano» se presupone de exclusión o no reconocimiento. En este sentido, el desarrollo de la acción narrativa va desvelando progresivamente las consecuencias de una serie de agravios, ofensas y humillaciones que el «pueblo» sufre por parte de personajes cuyo poder o autoridad les permiten realizar dichos abusos, en un panorama que suele intensificar la impotencia y fragilidad de los primeros frente a la arbitrariedad e impunidad de los segundos. El resultado es, en todos los casos, la escenificación de un proceso tal de agravamiento de los antagonismos que la acción culmina, bien con la eliminación física de algunos de los antagonistas –los casos de *Redoble por Rancas* y de *El mundo es ancho y ajeno*–, bien con la puesta en marcha de una revolución o de explícitas acciones de resistencia al poder –*Todas las sangres*, *Chambacú*, *corral de negros*, o *Hijo de Hombre*. Es también evidente, por otra parte, que

⁷ Mucho se ha discutido acerca de si el populismo es verdaderamente una ideología revolucionaria o si sería más apropiado considerarla reformista. Aquí nos estamos refiriendo a lo que se desprende del discurso populista tomado como tal, sin que ello implique un juicio sobre las realizaciones y actuaciones concretas de los populismos en los sistemas políticos puntuales.

las estrategias de la denuncia incluyen una clara revalorización de las características étnicas y/o culturales que corresponden a los personajes del «pueblo llano», investidas de unas cualidades positivas –autenticidad, rectitud, sentido de la justicia, solidaridad, etc.– que contrastan abiertamente con las atribuciones negativas de los personajes asociados al poder⁸. Esta breve relación permite pensar que, en principio, algunos de los elementos de una representación de los conflictos de tipo populista están ya dados en la ficción. Existe en los textos una *plebs*, marcada por situaciones de insatisfacción pero, simultáneamente, portadora de atributos positivos, y unos personajes que representan al poder que, aún cuando se consideran a sí mismos los auténticos portavoces de la voluntad de la nación, son en realidad los responsables de las acciones de violencia que reproducen o reafirman el antagonismo con la *plebs*. El universo creado por las novelas muestra, así, a dos sujetos colectivos enfrentados entre sí por posiciones y atributos irreconciliables. Lo que debemos reconocer, entonces, es si ese «pueblo bajo» se convierte, finalmente, en una *plebs* que busca ser el único *populus* legítimo, esto es, si termina configurándose en las ficciones como un «pueblo» populista.

Siguiendo la terminología de Laclau, comenzaremos por algunas características del «bloque enemigo» tal como aparece en los textos literarios. En primer lugar, no resulta fortuito que los personajes que componen este grupo, además de ser presentados como hacendados o empresarios, sean también definidos como «senadores», «jueces», «militares», más genéricamente como «gobernadores», o que ellos mismos se autoproclamen los verdaderos conductores de los deseos de la patria –el caso de Fermín, por ejemplo, en *Todas las sangres*– y que, en consonancia con ello, las ficciones se esfuercen por mostrar que sus acciones son el resultado de una descontrolada confusión entre lo público y lo privado, entre la ambición individual y la proyección colectiva. Dicha caracterización introduce, a nuestro entender, una dimensión de lectura que modifica profundamente el sentido de la denuncia: como políticos, militares o jueces, los personajes son convertidos en representantes directos de la nación a través de la autoridad pública y, también a través de ella, en portavoces de los valores y principios de aquélla. La vinculación de estos personajes al poder es, pues, mucho más que aquello que les permite mandar sobre otros y hacerse obedecer; se relaciona sobre todo con el ejercicio de una función que los hace deudores y, a la par, encarnaciones de los símbolos y la voluntad de la comunidad. No es difícil, no obstante, ver cómo las ficciones dirigen su crítica precisamente a la brecha que existe entre lo que son y lo que deberían ser, entre la función y su ejercicio. En la absoluta no coincidencia de estos dos niveles los textos abren un espacio de radical cuestionamiento que no tiene únicamente como objeto a los personajes singulares –a Montenegro, Fermín, Álvaro Amenábar, el Capitán Quirós o el Rey de Oros– sino al orden de cosas que les permite actuar tan ominosamente en contra de los principios por los que deberían regirse. Esto es, a través del «bloque enemigo», compuesto por quienes deberían o creen ser los

⁸ Un ángulo de la investigación que hemos preferido no abordar aquí se relaciona con el papel que juega el significado cultural del «pueblo» en la construcción de los personajes colectivos, y de cómo este se configuraría en oposición a los valores y consecuencias negativas que supuestamente habría tenido la modernización capitalista en las sociedades latinoamericanas, encarnadas en muchos de los textos por los personajes del «bloque enemigo».

portavoces legítimos de la colectividad, las novelas canalizan una crítica cuyo objeto último es, en verdad, el propio estado en el que se encuentra la nación, considerado como hondamente degradado y corrupto. Buena cuenta de ello daría la reflexión que aparece en muchos personajes acerca de la ley, y del insondable trastocamiento que implica el convertir un elemento del orden en una herramienta para engañar, despojar y destruir, sirviendo únicamente a los intereses de los poderosos. Si volvemos por tanto a esa idea de que toda comunidad necesita imaginarse a sí misma como una unidad, a través de símbolos compartidos que alejen la sospecha de irresolubles diferencias internas, podríamos suponer que el verdadero sentido de la denuncia literaria contra quienes detentan la autoridad de la nación reside en la acusación de *traición*, puesto que el espacio que simboliza la unidad ha sido violentado por quienes deberían mantenerla. La traición tendría, en este contexto ideológico, un fundamento doble: por una parte, la que los representantes de la nación ejercerían contra los negros, indígenas y campesinos del «pueblo llano», al extremar contra ellos la marginación y el despojo y, en última instancia, al negarles su participación en la comunidad y, por otra, la que esos personajes, considerándose a sí mismos las voces legítimas del *populus*, realizarían en contra de la propia nación, tergiversando sus principios de justicia. Este segundo aspecto introduce en las ficciones esa intensa necesidad de hacer evidente la dimensión de la crisis, que deja al descubierto de qué manera los valores de la nación han sido puestos en jaque.

Veamos ahora la imagen que nos ofrecen las novelas de la *plebs*, del «pueblo bajo» como protagonista colectivo. En tanto antagonista del poder, hemos dicho que se encuentra en una posición paradójica, siendo al mismo tiempo víctima de éste pero poseyendo los atributos positivos que están ausentes de aquél. A nuestro juicio, ello sería el resultado de dos maneras relacionadas de representarlo: aquella que presupone para él un alto grado de solidaridad interna, que actúa como la única vía posible de defensa frente a los vínculos verticales y que es capaz de extenderse, eventualmente, hacia fuera de la comunidad, aunque siempre en sentido horizontal; y la que asume que esa solidaridad es la expresión de aquello que se ha perdido en el bloque enemigo, dominado por un sentido exacerbado del individualismo, el egoísmo y la ambición personal. La consecuencia de una representación de este tipo es que el «pueblo» funciona en las ficciones, efectivamente, como una *comunidad*, mientras que los poderosos aparecen usualmente divididos entre sí por enemistades y mezquindades de todo tipo que derivan de su propia posición de poder, y de su lucha por mantenerse o encumbrarse aún más. La solidaridad interna es, pues, la característica primordial que se le atribuye a la *plebs*, y de ella es necesario destacar dos aspectos relevantes. En primer lugar, que no es posible entender dicha solidaridad sin considerar la doble condición simultánea de los protagonistas colectivos como «pueblo llano» y como *antagonistas del poder*, porque es de allí de donde surge la moral que los define, basada en claras distinciones entre *amigo/enemigo*, *leal/traidor*⁹. En ninguna de las novelas, salvo *Las tierras flacas*, las comunidades indígenas, negras o cam-

⁹ Ya Doris Sommer, en su estudio sobre las novelas populistas de principios del siglo xx, había hecho notar que los términos morales en que se maneja el populismo obedecen a una visión maniquea de este tipo. Doris Sommer, *Foundational Fictions: The National Romances in Latin America*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 1991, pp. 263-264.

pesinas son colectividades cerradas que no admiten incorporaciones de personajes provenientes de otros grupos o, incluso, de grupos enteros. Esta apertura, sin embargo, se realiza a costa de eliminar cualquier posible ambigüedad que subvierta el enfrentamiento entre el «pueblo» y el poder, lo que supone que la horizontalidad, como lealtad, y la verticalidad, como oposición, son las únicas lógicas admisibles por la moral de la colectividad. Para que sea posible la incorporación al «pueblo», o la plena identificación como uno de sus miembros, lo que suele tener lugar es la exigencia de demostrar una idéntica posición con respecto a la *plebs* –capaz de asegurar la futura solidaridad desde la horizontalidad– y, al mismo tiempo, una misma oposición al poder. Solo en esa precisa intersección se resuelven las lealtades internas, lo que en muchos casos conlleva la necesidad para algunos personajes de realizar ritos de iniciación –Tabío San, Miguel Vera o don Bruno Aragón, por ejemplo– capaces de ratificar tanto la solidaridad hacia dentro como el antagonismo hacia arriba. En segundo lugar, que el campo ideológico sobre el que se sustenta la denuncia en estos textos supone al antagonismo del «pueblo» con el poder como una situación, al mismo tiempo, permanente en las naciones latinoamericanas –una oposición que podría rastrearse, en algunos textos, hasta la conquista– pero de dimensiones críticas en el presente. La solidaridad es, por consiguiente, representada tanto como una cualidad inherente a la identidad de la *plebs*, un dato preexistente a lo narrado, como una condición reavivada a raíz de los conflictos puntuales que desarrolla la ficción. Son estos conflictos los que nuclean a los protagonistas colectivos en torno a una *renovada* conciencia de su situación de precariedad, desde la que se decide la pertenencia al grupo o la salida del mismo. Esta es la razón de que en el transcurso de la narración haya siempre personajes que deciden abandonar la comunidad y otros que deciden volver a ella, en un movimiento –físico, muchas veces, piénsese en Benito Castro o en Rendón Willka– hacia dentro y hacia fuera que indica la permanencia o la ida y la renovación de la identidad comunitaria. De este modo, los vínculos de lealtad se reeditan cada vez que las oposiciones vuelven a cobrar el aspecto de una crisis –estado que, como hemos visto, es la presuposición sobre la que trabaja esta narrativa– de manera que cada uno de los textos propone la existencia de un «pueblo bajo», general y más o menos difuso, contrapuesto siempre al poder en la historia latinoamericana, y un «pueblo» concreto, de personajes con rostro y nombre y de héroes singulares, que es el protagonista de la historia que la literatura tiene para contar y que, según intentamos mostrar, funciona como «pueblo» *populista*.

El punto al que llegamos es, pues, el de cómo se construye la denuncia del antagonismo en tanto tal, presupuesto por el discurso populista como el único estado posible mientras se mantenga el *statu quo*. En la propuesta teórica de Laclau, el antagonismo como experiencia de lo social juega un papel casi más importante que el propio «pueblo», en la medida en que articula la vivencia de la *falta* como imposibilidad de una reconciliación, y que ello desemboca en una necesidad de transformación radical del orden, asumida por la *plebs*. En las novelas, este aspecto de la denuncia se asienta en una percepción *in crescendo* de la situación de la nación por parte de los personajes colectivos, desde un primer momento marcado por la idea de una oposición al poder más o menos duradera y estable, hasta su expresión final más angustiada: la conciencia del feroz desmantela-

miento que ha sufrido la patria como espacio simbólico de identificación colectiva. Se trata de una mirada del «pueblo llano», mediada de forma absoluta por la vivencia de la injusticia como única forma de vinculación con el poder, que se va magnificando progresivamente hasta que los propios símbolos de la nación pierden todo su valor. Alcanzado este punto –ejemplos claros de ello son *Redoble por Rancas* o *Chambacú, corral de negros*– el himno, la bandera, el pasado heroico al que remitirse y la propia apelación al país o la patria se han vuelto entidades sin significado, incapaces de reunificar en torno suyo sentimientos o lealtades compartidas. El agudo sentido del engaño que los personajes expresan en esta instancia habla claramente de una conciencia nueva: los gestos, palabras y objetos sobre los que se construyeron los referentes y las promesas de una identidad común se hallan irremisiblemente degradados. La idea que se repite una y otra vez en este momento es la de una enorme mentira y, ante ella, surgen manifestaciones de dolor, frustración y rabia, además de que para algunos protagonistas el descubrimiento se realiza ante la perspectiva de su propia aniquilación. Una vez que la conciencia de los protagonistas ha alcanzado este estadio, lo que queda es un espacio social en donde la fragmentación lo ha ocupado todo: la polarización alcanza su máximo grado de tensión y el «pueblo» y la nación se encuentran arrinconados en extremos opuestos del universo narrativo sin que pueda tenderse ningún puente entre ellos. Lo que resta es, o bien la expectativa de una destrucción sin remedio, o bien la esperanza de una restauración milenarista de un orden más auténtico, basado en la restitución de la justicia. Si volvemos entonces a la teoría de Laclau y a la etapa final de la formación de un «pueblo» populista, deberíamos estar en condiciones de encontrar en las novelas una *plebs* que reclama ser el *populus* legítimo desde esa conciencia de ser los únicos sujetos capaces de identificarse con las aspiraciones colectivas generales y, por ende, los únicos en posición de restaurar los auténticos valores colectivos. En los textos literarios, sin embargo, no es posible decir que esta conciencia aparezca en los protagonistas desde el comienzo de la acción. Se trata más bien de un proceso en el que existen al menos tres etapas, solo la última de las cuales coincidiría plenamente con esa investidura de la *plebs* en *populus* por medio del auto-reconocimiento de una constatación con la patria.

En la primera de ellas, más que de un impulso de ruptura con el orden establecido deberíamos hablar de un intento de reincorporación del «pueblo llano» al *populus* como forma de resolución de los antagonismos. Lo que todavía prima en esta instancia es la capacidad de conciliación, basada en los esfuerzos por reivindicar el valor de los aportes de los protagonistas a la construcción de la nación y, por consiguiente, en obtener el reconocimiento de su pertenencia legítima y plena a ella. El aspecto principal que cobra dicho intento es el de la defensa de la tierra, como espacio material que simboliza la propia contribución a la comunidad¹⁰. Recuperar la tierra usurpada o luchar para evitar su despojo serían, desde esta perspectiva, maneras de ratificar ante la nación la legitimidad de

¹⁰ Es evidente que el problema de la tierra se extiende a lo largo de los textos y que no hay un *primer* momento de conflicto alrededor de ella que luego se desvanecería. Lo que queremos decir es que la amenaza del despojo, o los intentos por recuperar la tierra ya usurpada, van dejando paso a una situación en la que, sin perder centralidad, ella se convierte en un punto de articulación simbólico de todas las demás injusticias y agravios.

una pertenencia severamente cuestionada. Este primer momento de búsqueda de reconocimiento y re-inclusión, como sabemos, no funciona. Frente al fracaso, surge una nueva percepción del escenario en el que se mueven los personajes cuyo resultado es una imagen aún más negativa del mismo. Podría decirse, entonces, que la segunda etapa en ese camino hacia la identificación con el *populus* se produce cuando los protagonistas comienzan la dolorosa comprobación de que el poder está irremediablemente en contra suyo, y de que no pueden esperar de él más que episodios de privación o de carencia. En la mayoría de los textos, este momento coincide con el desdoblamiento de la identidad del «bloque enemigo» que desliga el abuso del poder de los personajes puntuales y pasa a asociarlo con entidades abstractas o muy generales —«el gobierno», «la ley» o «la patria»—, haciendo con ello de la violencia una presencia ubicua y omnipotente mucho más extendida que antes. La consecuencia es el descubrimiento de la soledad en la que ha quedado el «pueblo» frente a un enemigo contra el cual no parece haber defensa posible.

Llegamos así al último paso en la creación literaria de un «pueblo» *populista* que tiene lugar, a nuestro juicio, en ese instante en que los personajes colectivos finalmente asumen la lucha como única solución posible. Los actos de resistencia al poder con que suelen terminar las novelas, cualquiera sea la forma que ellos adquieran, expresan algo más que la voluntad de los protagonistas de resistirse a las consecuencias de abusos y humillaciones puntuales; son, por el contrario, la manera en que se manifiesta la defensa de aquellos principios que deberían regir la nación y que solo ellos se sienten encarnando. Mirado así, estas acciones adquieren una dimensión de mucho mayor trascendencia que la que puede tener aquello que puntualmente se defiende en cada caso: los protagonistas luchan por sus propios intereses, en la medida en que el objeto en conflicto les pertenece, pero lo que verdaderamente se pone en juego es la cancelación de la brecha entre el orden, el poder y los valores que deberían regirlos, y la degradación moral en que ha caído el *populus*. En este sentido, la denuncia no puede más que articularse sobre una fundamental distinción entre la nación *histórica*, la que ha caído en la corrupción y ha sido vaciada de su verdadero contenido, y la nación *auténtica*, cuya validez no se cuestiona a pesar de encontrarse ausente de la sociedad establecida. De este modo, si la *plebs* puede terminar identificándose con los principios ausentes de la nación a través de la lucha contra el poder, es porque ese orden auténtico todavía sigue vigente en tanto ideal y porque ella lo ha terminado encarnando. El «pueblo llano» aparece, pues, como el agente de una restauración de la nación de cuya legitimidad se inviste para llevarla a cabo. Esto daría cuenta de dos elementos importantes en estos textos de denuncia. Por un lado, la decisión de resistir al poder nutre a la ficción en dos direcciones diferentes, expresando la desesperación de unos personajes colectivos dispuestos a ofrecer su vida por defender los valores de la patria pero, al mismo tiempo, el descubrimiento de una energía heroica que tanto los convierte en patriotas como confiere a su lucha el valor de una cruzada épica por la justicia. Por otro, permitiría rastrear un origen diferente para esa veta profundamente utópica y mesiánica de las novelas que se asienta en el viejo símbolo del justo sufrimiento finalmente llamado a ocupar el lugar que le corresponde y que es, en este caso, una de las principales estrategias discursivas del populismo. Finalmente, es importante reconsiderar el significado que pueda tener el hecho de que la reivindicación de la *plebs*

como *populus* sea solo el momento final de un desarrollo más largo. La conciencia de que la lucha contra el poder es el único remedio a la crisis de la nación es también la expresión del encuentro de los personajes con una facultad que, para todos o para algunos de ellos, supone un descubrimiento y un reaprendizaje: es el momento de reapropiación de una vieja capacidad olvidada. En ninguno de los textos los protagonistas colectivos aparecen como sabiendo de antemano que tienen a su disposición la posibilidad de resistirse y, mucho menos, que son los auténticos representantes de los principios de la patria. La reivindicación final del lugar y la función del «pueblo» suele ser, para sus miembros, el resultado de un arduo camino de auto-descubrimiento que es también la historia que narran las novelas.

A través de este recorrido, hemos comprobado que se puede hablar del «pueblo llano» como un protagonista colectivo que, en el desarrollo de la ficción, se convierte en un «pueblo» *populista*, y en cuya representación se despliega además una imagen de los conflictos de la nación tal como fueron formulados por dicho discurso. Debemos intentar responder, por tanto, a la cuestión de qué pudo haber acercado a la narrativa de denuncia social latinoamericana, entre las décadas del cuarenta y el setenta, al lenguaje del populismo. Sobre todo, es importante reflexionar acerca de las distancias que la apelación al mismo establece con respecto a la influencia marxista, la más reconocida por la crítica, en tanto populismo y marxismo pueden ser considerados por igual fuentes ideológicas de ideas disidentes, contra hegemónicas, capaces de actuar como recursos valiosos para el discurso literario, pero que aún así conservan claras divergencias entre ellos. En este sentido, es necesario tener presente que la denuncia que articulan los textos es mucho más amplia que la sola crítica al sistema económico, y que la ficción se aleja notoriamente de una caracterización de clase, étnica o cultural de los protagonistas colectivos acotada o restrictiva. Como resultaría imposible, sin embargo, extendernos en largas consideraciones, mencionaremos solo las más significativas.

La primera tiene que ver con que el marxismo no se postula, en principio, como una crítica a la legitimidad *política* del sistema, cosa que sí hace, y directamente, el populismo. Este último logra gran parte de su capacidad de interpelación y de su efectividad a través del intento por demostrar que el orden de cosas establecido ha perdido su legitimidad, siendo evidencia de ello la experiencia de la injusticia como una *falta* extendida y el antagonismo consiguiente. Para el caso del marxismo, si bien es cierto que puede acceder a un tipo de crítica similar, lo es también que lo hace a través de mecanismos mucho menos directos que el populismo, en la medida en que su esfera «natural» de reflexión no es el sistema político sino el económico, y en tanto «lo político» como tal suele ser considerado una manifestación más o menos refleja de ese otro nivel. En estrecha relación con esto, la otra dimensión de crítica a la que el marxismo accede pero, nuevamente, como producto en cierto modo secundario de sus teorizaciones, es la que tiene que ver con la nación y con los principios que deberían gobernar la vida del *populus*. Al discurso populista, sin embargo, le es esencial apuntar de forma permanente a la nación como marco al cual dirige en verdad su cuestionamiento del orden. Patria y nación son, además de un sistema económico que puede generar vínculos de explotación—solo una de las formas que adopta, en todo caso, la experiencia de la falta—, espacios que se su-

ponen regidos por determinados valores en los que los individuos depositan sus expectativas y lealtades o, para decirlo de otro modo, lugares de identificación entre los distintos sujetos y de convergencia de solidaridades. Esta dimensión ética y afectiva, ausente de los análisis marxistas, juega un papel de suma importancia en la formación de la identidad popular y en la capacidad de articular una crítica al sistema que resulte significativa para ese mismo «pueblo». Es, por otra parte, lo que le permite al populismo postular la existencia de una nación degradada y otra auténtica y, con ello, su propio proyecto de restauración a través de la *plebs*. Es esta dimensión, pues, la que resultaba esencial a las novelas a la hora de encaminar un cuestionamiento dirigido, no únicamente hacia la esfera de la explotación económica, sino sobre todo hacia un modelo de nación que provenía de las prácticas del siglo XIX y al que señalaban como responsable de la exclusión real y simbólica de determinados sujetos colectivos.

Más significativo aún resulta el hecho de que el populismo traduce las distintas denuncias que profiere contra el sistema institucional a un trasfondo de orden *moral*, porque es esta valoración la que define al «pueblo» como su sujeto. En el marxismo, la clase proletaria capaz de convertirse en el actor histórico que promueve la revolución se delimita por su posición dentro del sistema económico, por la forma en que se vincula al modo de producción capitalista y a la burguesía como propietaria de los medios de producción. El relato que el marxismo realiza de la historia no se sostiene si se eliminan estas consideraciones. El populismo, por su parte, no sobrevive tampoco si eliminamos el papel que la *moral* cumple en su concepción de la sociedad y ello por una razón ineludible: el sujeto populista se forma en torno a la *vivencia de la injusticia como agravio moral*. Lo que Laclau denomina la *falta* es básicamente una experiencia subjetiva, aunque pueda medirse o contrastarse con datos de la realidad. No se puede definir la identidad del «pueblo» únicamente a través del circuito que se genera entre el planteo de la demanda y su desconocimiento por parte del poder; es necesaria una dimensión añadida que resulta, a la postre, determinante: *vivir* esa negación y ese desconocimiento como una injusticia compartida, como el incumplimiento de un deber. En tanto identidad definida a través de una vivencia, el «pueblo» es enormemente más inclusivo en el populismo que en el marxismo, además de que, claro está, el marxismo no habla de «pueblo», mucho menos de *plebs*, entidades incapaces de ser definidas por su posición económica dentro del sistema. Al cristalizar en torno a una vivencia subjetiva de lo social, el populismo obtiene una notoria apertura de su campo de interpelaciones: permite que las adscripciones sean múltiples y, asimismo, que la identidad popular no quede constreñida a la aparición de determinados contenidos específicos «de conciencia», como sucede con el concepto marxista de clase. Si tenemos en cuenta, por otra parte, que la injusticia a la que el populismo se refiere no es tan solo económica, sino que atañe a distintos aspectos del agravio —el no menos frecuente de ellos asociado a la negación simbólica de determinados sujetos dentro del espacio de reconocimiento colectivo—, es posible comprender por qué a las novelas de denuncia social, abocadas como estaban a la revalorización de unos actores sociales largamente desdeñados y marginados, un discurso de este tipo les ofrecía un repertorio inestimable de estrategias reivindicativas.

Finalmente, el juicio moral que el populismo moviliza en torno al orden institucional tiene un sentido mucho más profundo que se vincula a su función de reivindicador de nuevos sujetos *políticos*. Para el populismo, la inmoralidad del poder consiste en que ha dejado de guiarse por los principios que deberían determinar su accionar, desconociendo a una parte del *populus* y actuando en contra de ella. Pero esa misma inmoralidad del poder es la que convierte al «pueblo» en un *sujeto político moralmente legitimado*. Esto es, la experiencia de la *falta* no solo provee de legitimidad al «pueblo» populista para reclamar la justicia ausente y la restauración del orden; más fundamental aún, lo convierte en un sujeto colectivo autorizado para actuar políticamente de manera legítima en su resistencia al poder. El populismo propiciaba, pues, algo que en el marxismo es mucho menos evidente: una vía para dotar de legitimidad política –lo que antes llamamos la *repolitización* de la *plebs*– a actores altamente desvalorizados y privados de reconocimiento, un objetivo que las novelas perseguían en estas décadas con el mismo ahínco con que otras formas de acción lo hacían en otros escenarios.

MALVINA GUARAGLIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Luis (1994). *Populismo y democracia*. México. Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- ALEGRÍA, Ciro [1941] (1973). *El mundo es ancho y ajeno*. Buenos Aires. Editorial Losada.
- ANNINO, Antonio (1994). «Ampliar la nación». *De los imperios a las naciones. Iberoamérica*. Antonio Annino, Luis Castro Leiva y François-Xavier Guerra (comps.). Zaragoza. Ibercaja Obra Cultural, 547-567.
- y François-Xavier Guerra (coords.). (2003) *Inventando la Nación. Iberoamérica, siglo XIX*. México. Fondo de Cultura Económica.
- ARGUEDAS, José María [1964] (1982). *Todas las sangres*. Barcelona. Alianza Editorial.
- COLOM GONZÁLEZ, Francisco (2003) *El fuste torcido de la hispanidad*. Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana.
- (ed.). (2005). *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid. Editorial Iberoamericana.
- Guerra, François-Xavier (1994). «The Spanish Tradition of Representation and its European roots». *Journal of Latin American Studies*. 1. 26. 1-35.
- (1998). «De la política antigua a la moderna. La revolución de la soberanía». *Los espacios públicos en Iberoamérica, ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX*. François-Xavier Guerra y Annick Lempérière. México. Fondo de Cultura Económica. 102-139.
- IPOLA, Emilio de (1987). *Ideología y discurso populista*. México. Folio Ediciones.
- LACLAU, Ernesto (2005). *La razón populista*. Madrid. Paidós.

- (1978). *Política e ideología en la teorías marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid, Siglo XXI Editores.
- LANDI, Óscar (1983). «Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas». *Estado y política en América Latina*. Norbert Lechner y Ernesto Laclau (eds.). Mexico, Siglo XXI Editores. 172-198.
- MORAÑA, Mabel (1984). *Literatura y cultura popular en Latinoamérica (1919-1940)*. Minneapolis. Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura.
- QUIJADA, Mónica (2003). «¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano». *Inventando la nación. Iberoamérica en el siglo XIX*. Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords.). México. Fondo de Cultura Económica. 287-315.
- (2008). «Sobre *nación, pueblo, soberanía* y otros ejes de la modernidad en el mundo hispánico». *Las nuevas naciones. España y México 1800-1850*. Jaime E. Rodríguez O. (coord.). Madrid. Fundación MAPFRE. 19-53.
- (2009). «El pueblo como actor histórico. Algunas reflexiones sobre municipalismo y soberanía en los procesos políticos hispánicos». *El lenguaje de los «ismos»: vocablos vertebradores de la modernidad*. Marta Casaús Arzú (ed.) Guatemala, SIG Editores [versión original]
- Roa Bastos, Augusto [1960] (2008). *Hijo de Hombre*. Barcelona. Random-House Mondadori.
- ROIG, Arturo Andrés (ed.). (2000). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ROLDÁN VERA, Eugenia (2007). «Pueblo y pueblos en México, 1750-1850: un ensayo de historia intelectual». *Araucaria*. 17. 9. 268-288.
- SCORZA, Manuel [1970] (2002). *Redoble por Rancas*. Edición de Dunia Grass. Madrid. Editorial Cátedra.
- SOMMER, Doris (1991). *Foundational Fictions: The National Romances in Latin America*. Berkely, Los Ángeles, London. University of California Press.
- SVAMPA, Maristella (1994). *El dilema argentino: civilización o barbarie*. Buenos Aires. Ediciones el Cielo por Asalto.
- YÁÑEZ, Agustín [1962] (1970). *Las tierras flacas*. Madrid. Salvat Editores y Alianza Editorial.
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel [1963] (1990). *Chambacú, corral de negros*. Bogotá. Biblioteca Didáctica Anaya-Rei.